

En este primer sábado de junio, estamos en vísperas de la fiesta de Pentecostés. Haremos compañía a la Virgen durante quince minutos, meditando el misterio en el que Nuestro Señor, después de su Ascensión, nos envió el Espíritu Santo, como había prometido.

Como siempre, la Santísima Virgen **está en el centro de los momentos clave de nuestra Redención**. Su humildad hizo posible la Encarnación del Hijo de Dios el día de la Anunciación. En su fe del Sábado Santo, conservó en su corazón la certeza de la Resurrección, y Jesús se le apareció primero. Finalmente, gracias a sus oraciones, el Espíritu Santo se manifestó en Pentecostés. Demos gracias a nuestra Madre celestial y contemplemos este tercer pasaje en el que se encuentra en el Cenáculo con los apóstoles.



Tras la muerte de Jesús en la Cruz, los apóstoles se habían desorganizado por primera vez. La Ascensión volvería a perturbarlos. Esta vez su Maestro y Señor les había dejado para volver a su Padre. Y de nuevo sintieron un gran vacío. Por supuesto, habían escuchado las palabras de Jesús y la promesa de enviarles el Espíritu Santo. Pero, ¿qué pueden hacer sin Cristo? ¿Cómo pueden actuar? Y la Santísima Virgen está allí con su fe inquebrantable. Stabat Mater. Ella espera pacientemente como esperó la Resurrección. Los apóstoles cerrarán filas en torno a Ella. Encuentran en Ella la columna en la que apoyarse en ausencia de Jesús y el consuelo de una Madre. Aquel día de Pentecostés, sin duda escuchaban sus enseñanzas y contemplaban su serena confianza en Dios. Sí, la Santísima Virgen había comenzado su misión de Madre de la Iglesia. Y el Espíritu Santo descendió del cielo.

¿Por qué fue necesaria la venida del Espíritu Santo después de la Ascensión? ¿Por qué tiene que intervenir la tercera persona de la Santísima Trinidad cuando Cristo nos ha redimido y, mediante su Eucaristía, está ya con nosotros hasta el fin del mundo? Para intentar comprender este misterio, fijémonos en las apariencias visibles que el Espíritu Santo ha elegido para manifestarse.

Su venida se caracteriza ante todo por un viento poderoso, una energía que no se ve pero que se siente. Así actúa el Espíritu Santo. Es esta gracia divina, esta vida espiritual que penetra en nosotros, llenando poco a poco nuestra alma y nuestro corazón a medida que avanza nuestra vida terrena. Es Él quien, mediante su acción invisible y sus dones, particularmente de sabiduría, consejo, inteligencia y piedad, nos ayuda a progresar en la oración y en la vida interior, y acerca poco a poco nuestra alma a Dios durante nuestra vida terrena. Podemos sentir su presencia especialmente en estas oraciones y acciones de gracias, en las que a veces nos sentimos transportados por alegrías interiores, pues Dios se digna descubrirse a nosotros por un breve instante, haciéndonos vislumbrar cómo será el paraíso con Él. Estas alegrías son los frutos del viento del Espíritu Santo que sopla sobre nuestras almas.

Después del viento vienen las lenguas de fuego. En primer lugar, el fuego purifica. Es el **temor de Dios** que nos da el Espíritu Santo. Este temor, a menudo mal entendido, no es un "miedo" a Dios. Es una conciencia aguda de la realidad de nuestra pequeñez frente a la magnificencia y grandeza de Dios. Es una conciencia de nuestra pecaminosidad frente a la pureza infinita de Dios. De este modo, el Espíritu Santo nos aporta esta humildad purificadora ante Dios. María estaba llena del Espíritu Santo, llena del temor de Dios y, por tanto, perfectamente humilde. Éste es uno de los dones esenciales del Espíritu Santo, necesario para ir a Dios. Rechazar el temor de Dios es ponerse orgullosamente al nivel de Dios. Es repetir el pecado de Adán y Eva. Como decía San Miguel: "Qui ut Deus", ¿quién es como Dios? El fuego es también el fuego del amor de Dios, que lo enciende todo cuando le abrimos nuestro corazón. Este amor de Dios irradia de nosotros y nos permite a su vez amarle y amarnos los unos a los otros. Esta capacidad de amar no viene de nosotros. Es el Espíritu Santo quien nos la da. Por último, el fuego es el fuego de la fe. Esa fe que mueve montañas y enviará a los apóstoles a enseñar a todas las naciones.

Por eso tuvo que venir el Espíritu Santo. Para traernos todo esto, y su acción completa la obra redentora de Jesús. Pero su acción no es automática y depende de nosotros. El Espíritu Santo no se impone y respeta nuestra libertad. Para que actúe eficazmente en nuestras almas, debemos estar en una determinada **disposición interior**. El mundo, el ruido, el exceso de actividad, el consumismo desenfrenado y las distracciones bloquearán la acción del Espíritu Santo y lo dejarán a las puertas de nuestra alma. No podrá actuar a pesar de su infinito amor por nosotros. Es la parábola del sembrador. El Espíritu Santo no puede hacer nada en un camino seco o en una piedra dura, pero puede hacerlo todo en tierra buena.

La buena tierra es el silencio, la meditación, el desapego de las cosas de este mundo, el tiempo que dedicamos a Dios cada día. En su libro "El poder del silencio", el cardenal Sarah nos recordaba hace unos años la importancia vital del silencio para toda vida espiritual. Cuánto lo hemos olvidado hoy en día. El silencio es una parte esencial de la Misa en particular. Es el Espíritu Santo quien nos ayudará a recibir dignamente a Cristo y, después de la comunión, nos ayudará a rezarle con verdadero amor en el silencio de nuestro corazón. Sin un tiempo de silencio en la Misa, sin recogimiento, será muy difícil encontrar verdaderamente a Cristo a pesar de su presencia real.

Existe un método infalible para comprender cómo abrirnos a la acción del Espíritu Santo. Debemos contemplar su obra más grande: la Santísima Virgen María. Ella está llena de gracia y, por tanto, llena del Espíritu Santo. Ella es quien, a lo largo de su vida, nunca puso el más mínimo freno a la acción del Espíritu Santo. Ella es el ejemplo a seguir. Los apóstoles que se perdieron después de la Ascensión miraron a María y vieron su humildad y su fe. Sacaron de su ejemplo la fuerza para esperar. Y el Espíritu Santo vino sobre ellos. Lo mismo sucede hoy. Uniéndonos a la Santísima Virgen, siguiendo sus virtudes, tendremos un medio seguro de aumentar la presencia del Espíritu Santo en nuestras almas. San Luis María Grignon de Montfort decía: *A Jesús por María*. Lo mismo vale para el Espíritu Santo.

Hoy, ante la situación del mundo actual, estamos tan confundidos como lo estaban los apóstoles antes de Pentecostés. ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo debemos actuar? La respuesta está siempre en la Virgen. Esto es lo que dijo el Cardenal Burke en 2017 en el centenario de las primeras apariciones de Fátima: *"Estamos como los primeros discípulos después de Pentecostés, preguntándonos qué hacer en un mundo que no cree". No sin razón los fieles se sienten confundidos, desorientados hasta el abandono (...) En Fátima encontramos los medios dados por la Virgen para responder a esto*". Entre estos "medios de Fátima" conocemos el rosario, los primeros sábados y la consagración. Pero hay uno que a menudo se olvida, y es el fruto del misterio de Pentecostés: **el ofrecimiento de las dificultades del propio deber de estado** por la conversión de los pecadores.

A menudo oímos hablar de caridad material o de "humanitarismo". Es necesario y Nuestro Señor nos lo pidió en la parábola del Buen Samaritano. Pero Él no limitó nuestro amor al prójimo a eso, sino todo lo contrario. Quiere que cuidemos también **del alma de nuestro prójimo**. En La Salette, la Santísima Virgen apareció llorando, porque confiaba que las almas *"iban al infierno como caen las hojas en otoño"*. En Fátima, explicó: *"Muchas almas van al infierno porque no tienen a nadie que se sacrifique y rece por ellas"*. A continuación, mostró a los tres pequeños videntes horrorizados el infierno eterno al que van los hombres que se han condenado para siempre. Entonces Ella nos confiará **a todos una misión y un nuevo medio**: salvar a los pecadores ofreciendo las dificultades de nuestro deber de estado. Junto con los primeros sábados para reparar las ofensas a su Corazón Inmaculado, ésta es **la otra gran misión** que Nuestra Señora nos encomendó en Fátima. Para decirlo más gráficamente, Fátima es la mayor ONG humanitaria del mundo para ayudar a los demás. Porque trabajamos para evitar el sufrimiento eterno.

Así, cada día, en nuestra pequeña vida cotidiana, todos podemos **salvar almas** de forma sencilla, sin buscar mortificaciones extraordinarias. Almas que no conocemos, pero que volveremos a encontrar en el Cielo. *"Un alma justa puede obtener el perdón de mil criminales"*, dijo el Sagrado Corazón durante las apariciones de Paray-Le-Monial. Por supuesto, esto no quita el apostolado directo con las personas que la Providencia pone en nuestro camino, pero lo multiplica. Que en este tiempo de Pentecostés todos tomemos la decisión **de integrar en nuestra vida cotidiana** el ofrecimiento de nuestras dificultades por la conversión de los pecadores.

Autor : Alianza 1^{ers}samedis de Fatima